

pedir una entrevista á Seymour; así que se acabe, vendré á daros noticias de lo que haya; valor y confianza en Dios.

Salió la generosa princesa y escribió al instante que llegó á su cámara un billete á Seymour, pidiéndole una entrevista, á la que éste no tardo en acudir.

## XV.

El rostro del Almirante, algunos meses ántes tan hermoso, tan expresivo y tan dulce, estaba profundamente alterado.

La ambicion, las zozobras y los desórdenes de su vida le habian dado una expresion á un mismo tiempo huraña, fatigada y recelosa.

—Señora, dijo inclinándose con aquella respetuosa galanteria, resto de sus elegantes modales; ¿me ha hecho la honra de llamarme V. A.?

—Si, milord, respondió Ana; deseo hablaros y que vos me oigais con la benevolencia y bondad de que tantas pruebas me teneis dadas.

—Ya escucho á V. A., respondió Tomás volviendo á inclinarse con respeto.

—Sentáos aquí, á mi lado, milord, y dejad las vanas fórmulas de etiqueta; estoy en vuestra casa y sois demasiado amable para mí.

—Señora, respondió Seymour con acento expresivo y tierno; mi casa es de V. A., y en tanto que se

digne honrarla, todos somos al mismo tiempo en ella sus huéspedes y sus vasallos.

Signió el silencio.

Ana de Cleves se preguntaba cómo aquel hombre de aspecto tan notable, de tan distinguidas y seductoras maneras, de una tan hermosa presencia, podía ser pasto de las pasiones más ruines, ardiendo en su frente la sagrada luz de la inteligencia.

—Milord, dijo rompiendo el silencio con acento grave y dulce á la vez Ana de Cleves: os estoy mirando y me pregunto: ¿por qué desgracia del destino han hecho tan hermosa presa en vos las malas pasiones que devoran la vida y llevan al precipicio?

Un subido carmin coloreó la elevada frente de Tomás; sabia lo que valía aquella princesa, y se sentía culpable delante de ella y humillado por sus reconvenciones, porque eran justas.

Nada supo que responder, y la Duquesa continuó, mirándole con tristeza:

—¿No amais ya á Catalina?

—No señora, respondió Tomás con una franqueza que tenia mucho de noble.

—Gracias, respondió la princesa, gracias, Seymour: veo que me respetais y me estimais lo bastante para no engañarme; pero seguid diciéndome con sinceridad: ¿qué es lo que ha hecho Catalina para perder vuestro amor? ¿No es hermosa, jóven aún, amable, virtuosa y tierna para con vos? ¿Qué explica-

cion dais á vuestro desden? ¿Tiene causa? ¡Decidmela, como á una amiga, yo os lo ruego, Seymour!

—Señora, respondió Tomás: el amor no se sabe de qué modo, ni por qué muere; en vano es que dos amantes se exijan eterno juramento de constancia y de fidelidad; ¡tanto valdria pedir al cielo una eterna serenidad y á la tierra una perpétua primavera! ¡Yo amé á Catalina, no sé por qué! ¡He dejado de amarla, é ignoro también la causa! Quizá, señora, no es la mujer que á mí me conviene; quizá su índole apacible y retirada, su instruccion superior á la mia, su elevado talento, son una acusacion silenciosa y constante de mis pobres cualidades; como soy orgulloso, no sé admirar, y prefiero ser desdeñoso; nada más puedo deciros.

—Pero, Seymour, repuso Ana: contra todas esas versatilidades del corazon humano, están la razon, la equidad, el deber, la justicia, la fortaleza del alma. ¡Sois responsable ante Dios de la suerte de esa pobre mujer, que todo os lo ha sacrificado! ¡Sois padre!... ¿Nada os dicen tan sagradas consideraciones?

—¡Ah, señora! respondió Seymour: *¡Si no estuviera casado con Catalina, podria aspirar á otra muy elevada alianza!* (1)

Tomás dió esta respuesta con un acento lleno de despecho y de amargura.

(1) Estas palabras son auténticas.

La princesa le miró con terror, y luego le preguntó:

—¿Os referís acaso á la princesa Isabel?

—Sí, señora; respondió Seymour.

—Perded esas ilusiones, milord, dijo la princesa con severidad; ¡nunca la hermana del rey se unirá á vos!

—¿Y por qué, señora? repuso Tomás con vehemencia: ¿Tanta es nuestra desigualdad? ¿Si ella es hija y hermana de reyes, no soy yo el hermano de una de las esposas de su padre? ¿No pertenezco á la primera nobleza del reino? ¿No soy tío y tutor de su hermano y Gran Almirante de Inglaterra? Y sobre todo, ¿no me ama?

—No, Seymour.

—Ella me lo asegura, y á su edad no se miente.

—Pues ha mentido á su edad.

Ana pronunció estas palabras con acento de irresistible autoridad; y viendo que Seymour la miraba absorto y silencioso, prosiguió:

—Escuchad, Seymour, la princesa Isabel tiene más sagacidad que vos y que yo; ella lo ha dicho: busca instrumentos para su elevación al trono: vos sois uno de ellos, y acaso el más poderoso y en el que más confianza tiene.

—¿Pero no reina su hermano?

—Su hermano está muy enfermo y ella lo sabe mejor que vos; poco há lo decia; quiere servirse

de vos y dejaros despues á merced de vuestros enemigos y de vuestro hermano, que os hará condenar por el Consejo como conspirador y reo de alta traicion; esa niña cuenta sólo trece años, pero su entendimiento se ha madurado con las desgracias y se ha nutrido con la hiel y el encono del destierro; volved al lado de Catalina; sed para ella un buen esposo y un buen padre para vuestro hijo, y así salvareis vuestra cabeza de la ruina que la amenaza.

—Señora, repuso Seymour; no se puede renunciar así de repente á todos los proyectos de ambicion: dejadme meditar en lo que decís, dejadme recojer dentro de mí mismo, y tal vez seguiré vuestros consejos.

Diciendo estas palabras, el Almirante besó la mano de la princesa, y salió de su cámara con el semblante ceñudo y la frente cargada de negras nubes.

—¿Volverá al buen camino? se preguntó Ana, despues que se quedó sola; ¡no! se respondió ella misma; ¡no volverá, ó mejor dicho, no entrará en él, porque jamás le ha conocido! ¡Catalina fué un capricho de su corazon extragado! la ambicion es su norte, ¡pero el amor verdadero, no lo conocerá jamás!

XVI.

Al día siguiente de esta entrevista, Catalina Parr dió á luz una preciosa niña. Ana de Cleves la recibió en sus brazos, y la tuvo en la pila bautismal, adoptándola solemnemente por su ahijada.

La princesa, siempre humana y generosa, habia contestado á todas las curiosas preguntas de Catalina para conocer el estado del ánimo de su marido, que tuviese esperanza; pero si alguna pudo abrigar, fué desvanecida al ver que, áun despues del nacimiento de su hija, el semblante de lord Seymour permanecia sombrío y ceñudo. El parto fué malo y en extremo laborioso. Catalina debia forzosamente resentirse de sus amargas penalidades, y así sucedió: agregado á esto su estado de inquietud y de celos, por la permanencia de la princesa en el castillo, sufría de un modo horrible.

Cuando ella estaba buena, veía á su marido y le celaba; en su estado, le era imposible hacerlo.

Al día siguiente del alumbramiento, al salir Ana

de su cuarto para ir al de la enferma, oyó en la cámara de Isabel la voz del Almirante.

Muy sorprendida y creyendo que se equivocaba, se detuvo; no sabia qué partido tomar, porque aquella virtuosa mujer, ya casada, tenia más rubor de que la viesan allí, que la princesa á quien se llamó *la reina virgen*, á los trece años de su edad.

La noble princesa de Cleves era incapaz de escuchar; pero, en tanto que se detuvo, no pudo ménos de oír estas palabras:

—Ya es muy de día; adios, Isabel.

—Adios, Seymour: ¿dudarás ahora de mi amor?

—¡Oh, no! ¡Ya estoy seguro de él, y te doy gracias, ángel mio!

—Hasta la noche á las once en el jardin.

—Hasta la noche.

Seymour dió un beso á Isabel y salió furtivamente, dirigiéndose á la cámara de su esposa; la esbelta sombra de la hermana del rey desapareció, y se cerró la puerta de la cámara.

Seymour no habia visto á la Duquesa; ésta, decidida á ocultar á su amiga tan desagradable incidente, echó á andar tras él con lentitud, para darle tiempo de llegar ántes que ella al lado de su esposa.

Cuando entró, la enferma se hallaba muy agitada.

—¿Qué es eso, mi querida amiga? preguntó la Duquesa, ¿por qué llorais?

—¡Ah, señora, contestó Catalina, soy muy desgraciada!

Ana de Cleves comprendió que, así que habia entrado Seymour, habia empezado alguna escena violenta entre ambos esposos; sabia que toda la razon debia estar de parte de su amiga; pero no queriendo mezclarse en las disensiones del matrimonio, tomó el partido de guardar silencio, aunque su corazón se hallaba profundamente afligido por los pesares de la infeliz Catalina.

Esta, notando el silencio de la princesa, prosiguió así:

—¡Oh, sí, soy muy desgraciada querida amiga! ¡Y los que debieran tener en cuenta mi posición, no evitan los medios de agravarla, y se burlan de mis penas!

—¿Quién os ha dicho que me burlo de vuestras penas imaginarias? preguntó el Almirante aproximándose al lecho con enojo.

—¡Ah, Tomás! repuso Catalina con voz ahogada, ¡con que son imaginarias! ¿Pensais que ignoro que que seguis en vuestro trato criminal con la princesa? ¿Pensais que no os expió, que no os hago expiar? ¡Ah, desgraciado iluso, juguete de la ambicion de esa niña, que os engaña con esperanzas, que no ha pensado jamás en realizar! ¡Me matais á mí por correr en pós de un fantasma vano que jamás podreis alcanzar! ¡Quiera el cielo que algun dia no os arrepintais

de vuestra bárbara conducta con la mujer que tanto os amó!

Lady Seymour dijo estas palabras con tan viva emoción, que Ana de Cleves llegó á temer, no sólo por su vida, sino también por su juicio; sentada en su lecho, con la espalda desnuda, y sólo cubierta por sus largos cabellos rubios destrenzados, ofrecía la imágen del dolor y de la desolación.

Sin embargo, ni su belleza ni su penetrante lenguaje pudieron conmover el helado corazón de su marido; éste le dirigió una mirada de enfado, y respondió con frialdad:

—Estais loca, señora, al empeñaros en que os ame sólo porque vos me profesais esa pasión desatinada; ya sabéis que yo renuncié en otro tiempo á vuestro amor sin esfuerzo alguno, cuando el Rey puso los ojos en vos; después no tuve gran prisa de buscaros, y sólo acudí cuando me llamásteis; ahora os declaro que el medio de atraerme á mis deberes no es el de hacerme ver continuamente vuestras lágrimas y oír vuestras quejas y vuestros gemidos, que me van cansando ya.

—¿Y qué hareis cuando os hayan cansado del todo, milord? preguntó Catalina, cuyas mejillas ardían con una cólera violenta.

—Cuando mi paciencia se haya agotado, me iré para no volver á veros en toda mi vida.

—Y..... ¿vuestra hija?

—¡Cuando me haga falta, me la llevaré! Hasta entonces podeis conservarla.

Catalina, agobiada de indignación y de dolor, dejó escapar un agudo grito.

Seymour salió de la habitación.

Al grito de Catalina, siguieron otros terribles; en su peligroso estado, la revolución que experimentó fué muy grave, y se sintió acometida de agudísimos dolores.

Una hora después espiró entre horrorosos padecimientos.

Ana de Cleves tomó á la recién nacida en sus brazos, y salió con ella para ir á su cámara, donde la recomendó á los cuidados de sus doncellas.

—Es mi hija, les dijo entre lágrimas; tratadla como á tal, entretanto que yo voy á cumplir los últimos deberes con su desdichada madre.

Luego volvió á la cámara de Catalina, rezó al lado del cadáver, y presidió á todos los lúgubres cuidados que se emplean en semejantes ocasiones.

Dos días después, salió para su residencia de Richmond, llevándose á la hija de Catalina consigo.

Antes de marcharse, hizo pedir una entrevista á Seymour, quien, encerrado en su habitación, parecía como aterrado.

La princesa Isabel había marchado á Londres la noche del mismo día en que murió Catalina.

—Adios, Seymour, le dijo Ana de Cleves; os dejo

en una pendiente terrible; ahora que os falta el ángel que Dios os había dado por compañera, es muy fácil que os despeñéis por ella; me llevo á vuestra hija que os estorbaria, y que os suplico me dejéis, seguro de que la amaré y protegeré como si fuese mia.

Una hora despues, Ana, Duquesa de Cleves y ex-reina de Inglaterra, salia para el castillo real de Richmond, su residencia habitual, llevando á la tierna niña entre sus brazos.

## XVII.

La voz *envenenamiento* empezó á resonar en el castillo de Chelsea desde el instante en que se supo la muerte de la noble, afable y benéfica Catalina Parr.

Todos la amaban, y todos buscaron la causa de su prematuro fin, creyendo hallarla en la aversion de su esposo y en las coqueterías de Isabel, cuyo orgulloso carácter era ya insufrible, á pesar de su corta edad.

La precipitada huida de la princesa á Lóndres afirmó estas sospechas, y acabó de darles cuerpo el haber salido dos dias despues para la corte lord Seymour, desatendiendo las más triviales formas del buen parecer en su extraña conducta.

Ningun historiador afirma, sin embargo, que la muerte de Catalina fuese debida al tósigo, y más bien achacan su desgraciado fin á los disgustos y al despego de su esposo en unos momentos en que tanto necesitaba de reposo y tranquilidad.

Como quiera que sea, y tal vez aumentada por sus adversarios, al llegar Seymour á la corte halló con-

tra él excitada la aversion general: por do quiera que se presentaba oia murmullos de indignacion; y de algunos lábios se escapaban los dictados injuriosos de *asesino* y de *malversador*.

Seymour, con aquella imprudencia de carácter de que toda su vida dió pruebas, despreció aquellos amagos, se presentó en la corte é hizo público alarde de intimidad con Isabel, prodigándole continuos obsequios sin el menor respeto.

Una mañana, á la salida de la capilla, el rey reparó en lord Seymour que llevaba en el brazo un lazo de cintas azules y amarillas.

El régio niño era pequeño y endeble, pero muy astuto y vivaz; despues de mirar el lazo del Conde, se volvió á su hermana; el brial de Isabel era tambien azul con florones color de oro.

—¡Hola! ¿Por qué se permite llevar tus colores, hermana? preguntó Eduardo frunciendo las cejas.

Isabel se puso colorada y nada respondió.

—Seymour, dijo el rey: quitaos esas cintas y dádmelas.

Entónces fué el Almirante el que se puso encendido, pero de cólera.

—Señor, dijo; V. M. olvida que soy su tutor y gran protector del reino!

—Desde hoy, dejais de ser lo segundo, repuso el rey niño; en cuanto al primer cargo, procuraremos tambien aliviarnos de él lo más pronto posible.

Un silencio angustioso siguió á estas palabras: el rey se habia detenido en la galería que llevaba desde la capilla á sus habitaciones; los cortesanos, aunque eran todos ojos y oidos, habian dejado libre un ancho espacio en el que se veia la figura pequeña y delicada de aquel rey de diez años no cumplidos, la esbelta de Isabel, y la aventajada de lord Seymour, entónces animada de una expresion sombría.

El rey, dichas sus últimas terribles palabras, esperó algunos segundos á que el Gran Almirante de Inglaterra le entregase el lazo; pero éste, ó aturdido, ó queriendo desafiar el enojo del niño, permaneció inmóvil.

Eduardo VI se adelantó algunos pasos; irguió su pequeña talla y arrancó el lazo prendido en la ropilla de Seymour con tanta violencia, que el retazo de la tela se fué detrás: luego, volviéndose á su capitan de guardias, dijo con imperio:

—¡Prended á ese traidor y llevadle á la torre!

El capitan, absorto y confundido, no podia resolverse á prender al Gran Almirante del reino.

—¡Obedeced! gritó el Duque de Sommerset, hermano de Seymour.

A este mandato de uno de los tutores del rey, se acercó el capitan y recogió la espada del Almirante, que salió en seguida con una fuerte escolta para la torre.

—Señores, dijo el rey, agitando el lazo: en adelan-

te, será reo de muerte el que use los colores de una princesa real.

Y siguió andando hácia sus habitaciones.

Aquella escena habia sido provocada y preparada por lord Sommerset, que odiaba á su hermano; pero el rey, que tampoco le queria bien, no puso dificultad alguna en secundar las miras del ambicioso Duque.

Reunióse la cámara, y pocos días despues empezaron las acusaciones contra lord Seymour: la principal era haber dirigido sus miras ambiciosas hácia una princesa de sangre real, que por ser de muy tierna edad, no podia conocer sus asechanzas ni libertarse de ellas.

La segunda acusacion era la de malversador de los fondos de la marina, y otros muchos desfalcos del Erario.

Todos estos cargos estaban apoyados en la verdad y eran irrefutables; las defensas fueron débiles; habia muchas pruebas contra lord Seymour y todas, á cual más poderosas y convincentes.

No se necesitaba tanto para condenarlo á la pena capital, y, en efecto, se pronunció la sentencia diez meses despues de la muerte de Catalina Parr.

## XVIII.

Isabel no pensó siquiera en interceder por el hombre á quien ella misma habia arrojado al precipicio.

Y no hay que decir que ignorase ni el peligro que corria, ni los sufrimientos de su prision; aquella inteligencia precoz, aquel carácter de hierro, estaban al alcance de todo, y demasiado sabia la princesa, que Seymour era una víctima sacrificada en aras de su ambicion.

Muchas más muertes cargó sobre su conciencia la que desde tan niña empezaba á intrigar, la ingrata criatura que tan mal pagó la ternura y maternales desvelos de la noble y cariñosa Catalina Parr.

Pero dejemos esto para la leyenda biográfica que pertenece á Isabel, y que en su dia verán mis lectoras, y vamos á acompañar á Seymour en sus últimos instantes, siquiera sea por haber sido tan amado de la interesante mujer, objeto de esta historia.

Era la mañana del dia señalado para la ejecucion del Almirante, y éste se hallaba esperando la hora